

La lámpara

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *O lustre*
En cubierta: ilustración © Mariana Valente
En página 1: fotografía de Bluma Wainer,
del archivo de Paulo Gurgel Valente
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Paulo Gurgel Valente, 1946
© De la traducción, Elena Losada
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 979-13-88032-61-5
Depósito legal: M-13.702-2026
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Clarice Lispector

LA LÁMPARA

Traducción del portugués de
Elena Losada

Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

Ella sería fluida durante toda su vida. Pero lo que había dominado sus contornos y los había atraído a un centro, lo que la había iluminado contra el mundo y le había dado un íntimo poder había sido el secreto. Nunca sabría pensar en él en términos claros, temiendo invadir y disolver su imagen. Sin embargo había formado en su interior un núcleo lejano y vivo, y nunca había perdido la magia; la sostenía en su vaguedad insoluble como la única realidad que para ella siempre debería ser la realidad perdida. Los dos se asomaban sobre el puente frágil y Virgínia sentía vacilar sus pies desnudos, como si estuviesen sueltos sobre el tranquilo torbellino de las aguas. Era un día violento y seco, con amplios colores fijos; los árboles crujían bajo el viento templado crispado por repentinos fríos. El vestido fino y rasgado de niña era atravesado por estremecimientos de frescura. Con la boca seria, apretada contra la rama muerta del puente, Virgínia sumergía sus ojos distraídos en las aguas. De repente se quedó inmóvil, tensa y leve:

—¡Mira!

Daniel volvió la cabeza rápidamente; atrapado en una piedra había un sombrero mojado, pesado y oscuro de agua. El río al correr lo arrastraba con brutalidad y él se resistía. Hasta que, perdiendo sus últimas fuerzas, fue arrastrado por la corriente ligera y a saltos se hundió entre espumas casi alegre. Ellos dudaban sorprendidos.

—No se lo podemos contar a nadie —susurró finalmente Virgínia con voz distante y vertiginosa.

—Sí... —Incluso Daniel se había asustado y asentía... las aguas continuaban corriendo—. Ni que nos pregunten sobre el ahog...

—¡Sí! —casi gritó Virgínia... Se callaron con fuerza, los ojos agrandados y feroces.

—Virgínia... —dijo su hermano lentamente, con una dureza que llenaba su rostro de ángulos—, voy a hacer un juramento.

—Sí... Dios mío, pero siempre se jura...

Daniel la miraba y pensaba, y ella no movía el rostro esperando que él encontrase en ella la respuesta.

—Por ejemplo... si hablamos de esto con alguien, que todo lo que somos... se vuelva nada.

Él había hablado tan serio, tan bello, el río fluía, el río fluía. Las hojas cubiertas de polvo, las hojas espesas y húmedas de la orilla, el río fluía. Quiso responder y decir que sí, ¡que sí!, ardientemente, casi feliz, riendo con los labios secos... Pero no podía hablar, no sabía respirar; cómo la perturbaba. Con los ojos dilatados, el rostro de repente pequeño y sin color, ella asintió cautelosamente con la cabeza. Daniel se apartó. Daniel se apartaba. ¡No!, quería gritar y decir que esperase, que no la dejase sola sobre el río; pero él seguía. Con el corazón latiendo en un cuerpo súbitamente vacío de sangre, el corazón despeñándose, cayendo furiosamente, las aguas corriendo, ella intentó entreabrir los labios, insinuar aunque solo fuese una palabra cálida. Como el grito imposible en una pesadilla, no se escuchó ningún sonido y las nubes se deslizaron rápidas por el cielo hacia un destino. Bajo sus pies susurraban las aguas, en una clara alucinación ella pensó: ah, sí, entonces iba a caer y a ahogarse, ah, sí. Algo intenso y lívido como el terror, pero triunfante, una cierta alegría loca y atenta ahora le invadía el cuerpo y ella esperaba para morir, la mano cerrada como para siempre en la rama que colgaba sobre el puente. Entonces Daniel se volvió.

—Ven —dijo sorprendido.

Ella lo miró desde el fondo tranquilo de su silencio.

—Ven, idiota —repitió colérico.

Un instante muerto suspendió largamente las cosas. Ella y Daniel eran dos puntos quietos e inmóviles para siempre. Pero yo ya he muerto, parecía pensar mientras se desprendía del

puente como si la segaran de él con una hoz. Yo ya he muerto, pensaba aún, y sobre unos pies extraños su rostro blanco corría pesadamente hacia Daniel.

Andando por la carretera, la sangre volvió a latir con ritmo en sus venas; avanzaban deprisa, juntos. En el polvo se veía la marca vacilante del único automóvil de Brejo Alto. Bajo el cielo brillante el día vibraba en su último momento antes de la noche, en los senderos y en los árboles el silencio se concentraba pesado de bochorno; ella sentía en la espalda los últimos rayos templados del sol, las nubes grandes tensamente doradas. Sin embargo hacía un vago frío, como si viniese del bosque en sombras. Ellos miraban adelante, el cuerpo alerta; había una amenaza de transición en el aire que se respiraba... el próximo instante traería un grito y algo perplejamente se destruiría o la noche leve amansaría de repente aquella existencia excesiva, tosca y solitaria. Ellos caminaban rápido. Había un perfume que dilataba el corazón. Las sombras cubrían poco a poco el camino, y cuando Daniel empujó el pesado portón del jardín, la noche reposaba. Las luciérnagas abrían puntos lívidos en la penumbra. Se pararon un momento, indecisos en la oscuridad, antes de mezclarse con los que no sabían nada, mirándose como por última vez.

—Daniel... —murmuró Virgínia—. ¿Ni siquiera puedo hablar contigo?

—No —dijo él, sorprendido por su propia respuesta.

Vacilaron un instante, delicados, quietos. ¡No, no!..., negaba ella el miedo que se aproximaba, como para ganar tiempo antes de precipitarse. No, no, decía, evitando mirar a su alrededor. La noche había caído, la noche había caído. ¡No hay que precipitarse!, pero de repente algo no se contuvo y empezó a suceder... Sí, allí mismo iban a erguirse los vapores de la madrugada morbosa, pálida, como el final de un dolor, vislumbraba Virgínia, súbitamente tranquila, sumisa y absorta. Cada rama seca se escondería bajo una luminosidad de caverna. Aquella tierra más allá de los árboles, castrada por la quema de rastrojos, se vería a través de la blanda neblina, oscurecida y difícil, como a través de un pasado; ella veía ahora, quieta e inexpresiva, como sin memoria. El hombre muerto se deslizaría por última vez entre los árboles dormi-

dos y helados. Como campanadas que sonasen de lejos, Virgínia sentiría en el cuerpo el toque de su presencia; se levantaría de la cama lánguidamente, sabia y ciega como una sonámbula, y en su corazón un punto latiría débil, casi desfallecido. Levantaría la guillotina de la ventana, los pulmones envueltos en la niebla fría. Sumergiendo los ojos en la ceguera de la oscuridad, los sentidos latiendo en el espacio helado y cortante; nada percibiría sino la quietud en sombras, las ramas retorcidas e inmóviles... la larga extensión perdiendo los límites en una súbita e insondable neblina. ¡Allí estaba el límite del mundo posible! Entonces, frágil como un recuerdo, vislumbraría la mancha cansada del ahogado alejándose, hundiéndose y reapareciendo entre brumas, sumergiéndose finalmente en la blancura. ¡Para siempre! Soplaría el amplio viento en los árboles. Ella llamaría casi muda: ¡hombre!, pero ¡hombre!, para retenerlo, para hacerlo volver. Pero era para siempre, escucha Virgínia, para siempre y aunque Granja Quieta se marchite y nuevas tierras surjan indefinidamente, el hombre nunca volverá, Virgínia, nunca, nunca, Virgínia. Nunca. Se liberó del sueño en el que había caído, sus ojos adquirieron una vida perspicaz y brillante, exclamaciones contenidas se dolían en su pecho estrecho; la incomprensión ardua y asfixiada precipitaba su corazón a la oscuridad de la noche. No quiero que la lechuza chille, se gritó en un sollozo sin sonido. Y una lechuza inmediatamente chilló oscura en una rama. Se sobresaltó: ¿había chillado antes de su pensamiento?, ¿o en el mismo instante? No quiero oír los árboles, se decía palpando en su interior, avanzando estupefacta. Y los árboles se mecían al viento repentino con un rumor lánguido de vida extraña y profunda. ¿O no había sido un presentimiento?, se imploraba ella. No quiero que Daniel se mueva. Y Daniel se movía. La respiración leve, los oídos nuevos y sorprendidos, ella parecía poder penetrar y huir de las cosas en silencio como una sombra; débil y ciega, sentía el color y el sonido de lo que casi sucedía. Avanzaba trémula ante sí misma, volaba con los sentidos hacia delante atravesando el aire tenso y perfumado de la noche nueva. No quiero que el pájaro vuele, se decía ahora, casi una luz en el pecho a pesar del terror, y con una percepción cansada y difícil presentía los movimientos futuros

de las cosas un instante antes de que sonasen. Y si quisiese diría: no quiero oír el fluir del río, y no habría cerca ningún río pero ella oiría su llanto sordo sobre las pequeñas piedras... y ahora... y ahora... ¡sí!...

—¡Virgínia! ¡Daniel!

En la confusión todo se precipitaba, asustado y oscuro; la llamada de la madre brotaba del interior del caserón y entre los dos estallaba una nueva presencia. La voz no había alterado el silencio de la noche pero había repartido su oscuridad, como si el grito fuese un rayo blanco. Antes de que tuviese conciencia de sus movimientos, Virgínia se halló dentro de la casa, detrás de la puerta cerrada. La sala, la escalera, se extendían en silencio indistinto y sombrío. Las lámparas encendidas oscilaban en sus cables bajo el viento en un prolongado movimiento mudo. A su lado estaba Daniel, con sus labios exangües, duros e irónicos. En la quietud de la Granja algún caballo suelto movía con calma las hierbas con sus patas finas. En la cocina revolvían los cubiertos, un súbito sonido de campana y los pasos de Esmeralda atravesaron rápidamente una habitación... la lámpara encendida oscilando tranquila, la escalera durmiente respirando. Entonces —no era siquiera de alivio por acabarse el miedo, sino en sí mismo inexplicable, vivo y misterioso— entonces ella sintió un largo, claro, profundo instante abierto dentro de sí. Acariciando con los dedos fríos la vieja aldaba de la puerta entrecerró los ojos sonriendo con malicia y profunda satisfacción.

Granja Quieta y sus tierras se extendían a algunas millas de las casas que se agrupaban alrededor de la escuela y del centro de salud, alejándose del centro comercial del municipio de Brejo Alto, en cuya circunscripción se encontraban. El caserón pertenecía a la abuela. Sus hijos se habían casado y vivían lejos. El hijo más joven había llevado allí a su mujer y en Granja Quieta habían nacido Esmeralda, Daniel y Virgínia. Poco a poco los muebles desertaban, vendidos, rotos o envejecidos, y los cuartos se vaciaban, pálidos. El de Virgínia, frío, ligero y cuadrado, solo

tenía una cama. En la cabecera ella colgaba su vestido antes de dormir, y, metida en la delgada combinación, con los pies sucios de tierra, se escondía bajo las enormes sábanas de matrimonio con un enorme placer.

—Preferiría más muebles y menos habitaciones —se quejaba Esmeralda con los ojos bajos de rabia y de fastidio, los grandes pies descalzos.

—Exactamente lo contrario —respondía el padre cuando no se quedaba callado. La escalera sin embargo se cubría con una gruesa alfombra de terciopelo púrpura, todavía de la boda de la abuela, ramificándose por los pasillos hasta las habitaciones con un repentino lujo seguro y serio. En vez de la acogedora riqueza que la alfombra anunciaba, al abrir las puertas se encontraban el vacío, el silencio y la sombra, el viento comunicándose con el mundo a través de las ventanas sin cortinas. Desde la vidriera alta se veía más allá del jardín de plantas enmarañadas y ramas secas el largo espacio de tierra de un silencio triste y susurrado. El mismo comedor, la habitación más grande del caserón, se extendía abajo en largas sombras húmedas, casi desierto: la pesada mesa de roble, las sillas ligeras y doradas de un conjunto de muebles antiguo, una estantería de finas patas torneadas, el aire rápido sobre los picaportes relucientes, y una vitrina larga donde translúcidamente brillaban con grito sofocado algunos vidrios y cristales dormidos bajo el polvo. Sobre el aparador reposaba la jofaina de cerámica rosada, el agua fría en la penumbra refrescando el fondo de la habitación, donde se debatía un ángel gordo, retorcido y sensual. Frisos altos se levantaban en las paredes, rayando de sombras verticales y silenciosas el suelo. En las tardes en las que el viento soplaba en la Granja —las mujeres en las habitaciones, el padre en el trabajo, Daniel en el bosque—, en las tardes apacibles en las que un viento lleno de sol soplaba como sobre ruinas desnudando las paredes de caliza corroída, Virgínia vagaba en la limpidez abandonada. Caminaba mirando, con una distracción seria. Era de día, los campos se extendían claros, sin manchas, y ella se movía insomne. Sentía una difusa náusea en los nervios calmados; pequeña y delgada, con las piernas marcadas de mosquitos y caídas, se paraba junto a la

escalera mirando. Los escalones que subían sinuosos alcanzaban una gracia firme, tan leve que Virgínia casi perdía su percepción al poseerla y se paraba frente a ella contemplando solo madera polvorienta y terciopelo encarnado, escalón, escalón, ángulos secos. Sin saber por qué, se detenía sin embargo, balanceando los brazos desnudos y delgados; ella vivía al margen de las cosas. El salón. El salón lleno de puntos neutros. El olor a casa vacía. ¡Pero la lámpara! Estaba la lámpara. La gran lámpara de lágrimas refulgía. La miraba inmóvil, inquieta, parecía presentir una vida terrible. Aquella existencia de hielo. ¡Una vez!, una vez ante su mirada la lámpara se esparció en crisantemos y alegría; otra vez —mientras ella corría atravesando el salón— era una casta semilla. La lámpara de lágrimas. Salía corriendo sin mirar hacia atrás.

De noche el salón se iluminaba en una claridad intermitente y dulce. Dejaban dos quinqués sobre el aparador a disposición de los que iban a recogerse. Antes de entrar en el cuarto había que apagar la luz. De madrugada un gallo cantaba una límpida cruz en el espacio oscuro, un surco húmedo esparcía un olor frío en la distancia, el sonido de un pájaro arañaba la superficie de la penumbra sin penetrarla. Virgínia afinaba sus sentidos adormilados, los ojos cerrados. Los gritos sangrientos y jóvenes de los gallos se repetían dispersos por los alrededores de Brejo Alto. Una cresta roja se sacudía en un temblor, mientras piernas delicadas y decididas avanzaban a paso lento por el suelo pálido, lanzaba el grito y a lo lejos, como el vuelo de una saeta, otro gallo duro y vivo abría el pico feroz y respondía mientras los oídos aún dormidos esperaban con una vaga atención. La mañana extasiada y débil se iba propagando como una noticia. Virgínia se levantaba, se metía en el vestido corto, abría las altas ventanas del cuarto, la niebla penetraba lenta y oprimida; ella sumergía la cabeza, el rostro dulce como el de un animal que come de nuestra mano. Su nariz se movía húmeda, la cara fría refinada por la claridad se adelantaba en un impulso explorador, libre y asustado. Vislumbraba solo algún hierro de la verja del jardín. El alambre espinoso sobresalía seco del interior de la bruma helada; los árboles emergían negros, ocultas sus raíces. Ella abría los ojos. Allí estaba la piedra escurriendo el rocío. Y después del jardín

la tierra desaparecía bruscamente. Toda la casa flotaba, flotaba entre nubes, desligada de Brejo Alto. Incluso el bosque descuidado se alejaba pálido y quieto, y en vano Virgínia buscaba en su inmovilidad la línea familiar; las astillas sueltas bajo la ventana, cerca del arco decadente de la entrada, yacían nítidas y sin vida. Instantes después, no obstante, el sol surgía blanquecino como una luna. Instantes después las nieblas desaparecían con una rapidez de sueño disperso y todo el jardín, el caserón, la llanura, el bosque refulgían emitiendo pequeños sonidos finos, quebradizos, aún cansados. Un frío inteligente, lúcido y seco, recorría el jardín, se insuflaba en la carne del cuerpo. Un grito de café recién hecho subía de la cocina mezclado con el olor suave y sofocante de hierba mojada. El corazón latía con un alborozo doloroso y húmedo como si fuese atravesado por un deseo imposible. Y la vida del día comenzaba perpleja. Con la cara tierna y helada como la de una liebre, los labios duros de frío, Virgínia seguía un vago segundo en la ventana escuchando con algún punto de su cuerpo el espacio frente a ella. Dudaba entre la decepción y un encanto difícil, como una loca la noche mentía de día...

Como una loca la noche mentía, como una loca la noche mentía; bajaba ella descalza la escalera polvorienta, los pasos amortiguados por el terciopelo. Se sentaban a la mesa para desayunar y si Virgínia no comía lo suficiente recibía al instante; qué bueno era, la mano abierta volaba rápida y estallaba con un ruido alegre en una de las mejillas enfriando la sala sombría con la delicadeza de un estornudo. El rostro despertaba como un hormiguero al sol y entonces ella pedía más pan de maíz, llena de una mentira de hambre. Su padre seguía masticando, los labios húmedos de leche, mientras con el viento una cierta alegría bailaba en el aire; un ruido fresco al fondo del caserón llenaba de repente la sala. Pero Esmeralda siempre escapaba, la espalda recta, el busto alto. Porque la madre se levantaba pálida y balbuciente y decía —un poco de frío penetraba por el vacío claro de la ventana y al mirar el rostro duro y amado de Daniel un deseo de huir con él y de correr hacía que el corazón de Virgínia se hinchase aturdido y leve en un impulso hacia delante— la madre decía:

—¿No tengo derecho ni siquiera a un hijo?

A una hija debería decir, pensaba Virgínia sin levantar los ojos de la taza porque en esos momentos incluso el relincho de un caballo en el prado hería como una audacia triste y pensativa. Esmeralda y su madre conversarían largamente en la habitación, los ojos brillando en rápidas comprensiones. Una y otra vez las dos trabajaban en el corte de un vestido como si desafiasen al mundo. El padre nunca hablaba con Esmeralda y nadie mencionaba lo que le había sucedido. Virgínia tampoco indagaba nunca nada; ella podría vivir con un secreto no revelado en las manos sin ansiedad, como si esta fuese la verdadera vida de las cosas. Esmeralda sujetaba la larga falda que llevaba en casa, subía la escalera, quemaba en su cuarto un perfume irritado, insistente y solemne; no se podía estar en su habitación más que algunos minutos, de repente el olor saciaba y aturdía como un mareo en una capilla. Pero se quedaba absorta ante la calabaza que servía de urna, parecía aspirar la llama caliente con sus ojos fuertes, femeninos, e hipócritas. Toda su ropa interior estaba bordada a mano; el padre no miraba a Esmeralda, como si ella estuviese muerta. La última vez que la había mencionado había sido exactamente cuando habló otra vez del viaje que Daniel y Virgínia harían un día a la ciudad para estudiar lenguas, comercio y piano; Daniel, que tenía buen oído y practicaba algunas veces con un piano de Brejo Alto. Con la otra hija, dijo, no haría lo mismo porque «un animal solo se saca de casa sin dientes». Esmeralda se sentaba junto a su madre durante las comidas; bajaba siempre un poco retrasada y lenta, pero el padre no decía nada. Y ella también podría aparecer pálida y con ojeras porque había bailado en casa de una familia de Brejo Alto. La madre entonces bajaba recuperada de su cansancio, el cuerpo asustado, tal era la excitación que se apoderaba de ella por volver a asistir a fiestas. Sus ojos se ausentaban, y volvía a mirar el salón mientras masticaba. Dulces y brillantes las jóvenes se desperdigaban de nuevo por los balcones, por el salón, en poses tranquilas y contenidas, esperando su vez para ser enlazadas; después bailaban, la cara casi seria; las más inmorales jadeaban con inocencia, todas peinadas y contentas, en los ojos un único e indescifrable pensamiento; pero los hombres, como siempre, eran interiores,

pálidos y galantes; ellos sudaban mucho, como eran poco numerosos algunas muchachas acababan bailando unas con otras, animadas, riendo, saltando, los ojos sorprendidos. Ella masticaba, la mirada fija, sintiendo la realidad incomprensible del baile flotar como una mentira. El padre las miraba en silencio. Antes de ponerse a comer y permitir que todos empezasen, afirmaba con cierta tristeza:

—Pues claro.

Virgínia lo amaba tanto en esos momentos que desearía llorar de esperanza y de confusión sobre su plato. La madre suspiraba con ojos pensativos:

—¡Qué sé yo, Dios mío!

Pero ella pasaba los días como una visita en su propia casa, no daba órdenes, no se ocupaba de nada. Su vestido floreado y gastado la vestía blandamente, dejaba entrever sus amplios senos gordos y aburridos. Ella había estado viva, tomaba pequeñas decisiones a cada minuto, brillaba su ojo fatigado y colérico. Así había vivido, se había casado y había hecho nacer a Esmeralda. Después le había sobrevenido una pérdida lenta, ella no alcanzaba con la mirada su propia vida, aunque su cuerpo aún continuase viviendo separado de los otros cuerpos. Perezosa, cansada e indecisa, Daniel y después Virgínia nacieron formados en la parte inferior de su cuerpo, incontrolables, un poco flacos, peludos, con los ojos hasta bonitos. Se apegaba a Esmeralda como al resto de su última existencia, de aquel tiempo en que respiraba hacia delante diciéndose: voy a tener una hija, mi marido va a comprar un conjunto de sofá y sillones, hoy es lunes... Del tiempo de soltera guardaba con amor una camisa gastada por el uso como si la época sin hombre y sin hijos fuese gloriosa. Así se defendía del marido, de Virgínia y de Daniel, parpadeando. Su marido poco a poco había impuesto un cierto tipo de silencio con su cuerpo astuto y quieto. Y poco a poco, después de la prohibición de compras y gastos, ella supo con una alegría rumiada, como uno de los mayores motivos de su vida, que no vivía en su propio hogar sino en el de su marido, en el de su vieja suegra. Sí, sí; antes se unía por medio de alegres hilos a lo que sucedía y ahora los hilos se engrosaban pegajosos o se rompían y ella

chocaba bruscamente con las cosas. Todo era tan irremediable, y ella vivía tan segregada, pero tan segregada. Maria —se dirigía con el pensamiento a una amiga de la escuela, perdida de vista. Simplemente continuaba—, Maria. Miraba a Daniel y a Virgínia, tranquilamente sorprendida y altiva; ellos habían nacido. Hasta el parto había sido fácil, ella no podía recordar ni siquiera el dolor, su parte inferior era muy sana, pensaba confusamente, lanzándose una rápida mirada a sí misma; no se unían a su pasado. Decía débilmente: come Virgínia... —y paraba—. Virgínia... Ni había sido ella quien había elegido el nombre, Maria. Le gustaban los nombres brillantes e irónicos como quien se abanica para rechazar: Esmeralda, dos golpes de abanico, Rosicler, tres golpes de abanico rápidos... Y la niña, como una rama, crecía sin que ella hubiera memorizado sus facciones de antes, siempre nueva, extraña y seria, rascándose la cabeza sucia, llena de sueño, de poco apetito, dibujando tonterías en hojas de papel. Sí, la madre no comía mucho, pero su manera abandonada de estar a la mesa daba la impresión de que se revolcaba en la comida. No hacía casi nada, pero de alguna manera parecía sentirse tan enredada en su propia vida que apenas podría desatar un brazo y hacer siquiera un gesto. Viéndola tirada sobre la mesa, a su padre masticando con los ojos fijos, a Esmeralda aguda, rígida y ávida diciendo: ¡¿por dónde pasear?!, ¡¿por esos pantanos?!, a Daniel oscureciéndose orgulloso y casi aturdido de tanto poder contenido, y, al cerrar los ojos, viendo en sí misma una pequeña sensación cerrada, alegrísima, firme, misteriosa e indefinida, Virgínia nunca sabría que en realidad se preguntaba si una cualidad en una persona excluía la posibilidad de otras, si lo que había dentro del cuerpo era lo bastante vivo y extraño como para ser también su contrario. En cuanto a sí misma, ella no conseguía adivinar lo que podía y lo que no podía, lo que obtendría solo con un abrir y cerrar de ojos y lo que no obtendría ni siquiera entregando su vida. Pero a sí misma se concedía el privilegio de no exigir gestos y palabras para manifestarse. Sentía que, incluso sin un pensamiento, un deseo o un recuerdo, ella era imponderablemente aquello que ella era y que consistía sabe Dios en qué.

Los días en Granja Quieta respiraban amplios y vacíos como

el caserón. La familia no solía recibir muchas visitas. La madre algunas veces se animaba con la llegada de dos vecinas, las llevaba rápidamente a su propio cuarto como si intentase protegerlas de los largos pasillos. Y Esmeralda se iluminaba con agitación y una cierta brutalidad cuando sus amigas, pálidas y altas bajo sombreros del color del maíz, venían a verla. Se calzaba deprisa los zapatos, las conducía acalorada a su habitación, cerraba la puerta con llave, el tiempo pasaba. Y a veces venía del sur algún miembro de la familia paterna a visitar a la abuela y al padre. El tío se sentaba a la mesa, sonreía a todos con su sordera y comía. Y también la tía Margarida, delgada, de piel fláccida, el rostro agudo de pajarito seco pero los labios siempre rosados y húmedos como un hígado, quien llevaba en un solo dedo los dos anillos de viudez y tres más con piedras. Su padre rejuvenecía en esas ocasiones y Virgínia lo acompañaba asustada, con un inquieto desagrado. Él mismo quería servir la mesa, relevando de ello a la negra de la cocina; Virgínia lo miraba agitada y muda, la boca llena de un agua de náusea y atención. Con los ojos húmedos conducía a la abuela hasta la mesa, y decía:

—La señora de la casa debe cenar con sus hijos, la señora de la casa debe cenar con sus hijos... —Y se entendía que eso era gracioso. Virgínia se reía. La mirada de la tía Margarida era rápida y en la fracción de segundo que duraba parecía sonreír. Pero cuando terminaba y su rostro ya se volvía hacia otro lado, flotaba en el aire algo como el después de un miedo revelado. Con la cabeza de pajarito de plumas peinadas, oblicua al plato, comía sin hablar. Se veía que un día iba a morir, eso se veía. El tío decía con un tono profundo y calmado:

—¡Qué bueno está esto...!

—¡Sírvete más! —gritaba el padre parpadeando de alegría.

El tío miraba al padre a los ojos con una sonrisa inmóvil. Amasaba una bolita de miga de pan y respondía con delicadeza y bonhomía, como si tuviese que apaciguar su propia sordera:

—Claro, claro.

El padre miraba un instante con una perplejidad excesiva. Sujetaba súbitamente el plato de su hermano, lo llenaba de comida y lo empujaba, emocionado y contento: